

# Los Contemporáneos

EL MUNDO  
MARCHA

NOVELA POR

# José Ortega Munilla

Número extraordinario

10 Cents.



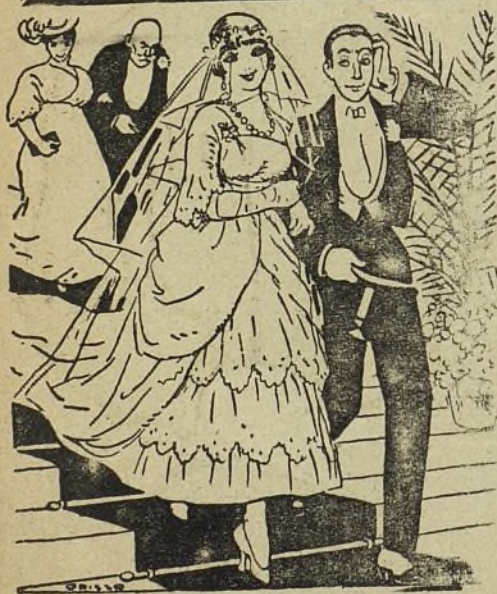
Ayuntamiento de Madrid



# PILOSUBIMAR

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)  
Calle de Gento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



Si te pica un mosquito,  
has de rascarte;  
si te pica una hembra  
has de casarte.

Usando PECA CURA,  
la hembra es hermosa,  
y es, por lo tanto,  
más peligrosa.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color moreno (siete matices) rosa o blanco, 2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,25. 5, 8 y 14 ptas., según frasco.

PEDID las lociones y esencias para el pañuelo serie "Ideal", perfumes: ADMIRABLE, Rosa de Jericó, CHIPRE, Ginesta, ROSA, Matinal, MIMOSA, Rocio Flor, ACACIA, Vértigo, VIOLETA, Clavel, JAZMÍN, Muguet, SIN IGUALES por su finura, intensidad y persistencia. Esencia, 16 pesetas estuche; lociones, 4 y 5 pesetas, según frasco. Últimas creaciones de

CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

## Fabrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - geles de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo 12 CAPELLANES. 12 Precio fijo

UNA SEÑORA

ofrece comunicar gratuitamente a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D<sup>o</sup> armen T. García, Salmerón, 167.—Barcelona.

## OBRAS

### de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración de «Los Contemporáneos».

El templo de Talía  
Idilio trágico.  
Siervo y tirano.  
Los hijos.

Donde hubo fue-  
po...  
La ley de Malthus  
Siempre viva.

Precio de cada una, 3 pts.

Los lectores de «Los Contemporáneos» que deseen adquirir alguna, la recibirán franca de porte enviando a esta administración, por cada tomo que soliciten, 8 pesetas en sobre monedero, giro postal u otro medio análogo.

Ayuntamiento de Madrid



DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDELLA

## EL MUNDO MARCHA

### I

#### EL HÉRCULES MONTAÑÉS

Cristóbal Marrón había nacido en la montaña de la Montaña, en una aldehuela de los altivos cerros que coronan la majestad de la tierra santanderina. Su padre era maravilloso en la siega de las hierbas, su madre trabajaba en el lavado de una mina de hierro. No cuidaron ellos mucho del chicuelo que Dios le concediera, y él se crió solo sin maestros ni preceptores. A los dos años forcejeaba con los otros muchachos de la aldea, de mucha más edad que él. Al cumplir la primera década de su existencia andaba en los montes como galopín de una cuadrilla de aserradores, y asombraba a todos, a los viejos y a los mozos, por el esfuerzo que ponía en su trabajo, por el poderío de sus músculos. Siendo su talla la común en

los muchachos de esa edad, levantaba los recios troncos para colocarlos en la carreta y parecía como si todos los obstáculos materiales se le rindieran. El párroco de la aldea, viéndole una tarde asirse de un enorme pedazo de encina, levantándolo para ponerlo sobre un mediano monte de árboles cortados, exclamó:

—Es que Hércules ha resucitado.

Y llamó al niño y se informó de las circunstancias de su familia. Cuando supo que Cristóbal era pobre, pobrísimo, le dedicó su amparo y quiso enseñarle a rezar y a leer. El rezo lo aprendió Cristóbal pronto. No creáis que el buen sacerdote logró enseñarle la Letanía, pero sí la Salve y el Padrenuestro. En cuanto a que leyera, eso fué de inmensa dificultad. Cuando



el evangélico maestro que al caer la tarde le dedicaba su atención pedagógica, creía que el chicuelo distinguía la *A* de la *B*, resultaba que aquella criatura confundía la *B* con la *A*. Hubo de dar fin a su obra el párroco, quien poniendo su mano sobre el cráneo enterizo del niño forzado, exclamó:

—Eres Hércules. Dios te ha otorgado el poder de los músculos y no te ha concedido la agilidad de la inteligencia.

Y esta sentencia flotó desde entonces sobre Cristóbal. Habíanle por azar puesto el nombre del Santo gigantesco. Cristóbal vencía a todos los de su edad en las contiendas anuales que en una pradera cercana a la aldea, se celebraban cuando las fiestas de la Virgen de la Bien Aparecida. Aquel mozo, no muy alto, ancho de espaldas, largo de brazos, desproporcionado en la contextura, podía con todos y nadie le disputaba la palma. Una carreta de la que tiraban dos bueyes aguijados por su conductor, quedaba detenida sin más que Cristóbal cogiera con sus rudas manos una de las ruedas. Se hizo famoso en la comarca y como a este poderío muscular unía el muchacho una tierna dulzura de ánimo, desdén de las ofensas y amor fraternal a cuantos le rodeaban, adquirió en su tierra una simpatía unánime. Esa simpatía le sirvió de poco. La única forma de ella fué ésta. Cuando allí había que realizar un esfuerzo de puños se le solicitaba. Un día los que estaban construyendo un molino harinero le llamaron para que colocara sobre el eje que había de moverlas, las redondas piedras, trituradoras del cereal. El agarró uno a uno los discos pesadísimos y como quien juega los puso donde debía. El molinero asombrado del poder muscular del mozo, después de pagarle su trabajo, le ofreció una jarra de vino de Rioja. Y Cristóbal tomó las monedas y rechazó la jarra diciendo:

—Vino, no... porque el vino aumenta el poder del hombre un rato, y luego le convierte en guñapo...

En aquel pueblo toda la mocedad emigraba. Unos se iban a América, otros a Madrid, no pocos a Andalucía.

Porque es sabido que en las tiendas de *Montañés* de Sevilla, Cádiz y los *Puertos*, son servidores de la insaciable sed meridional los austeros *chicucos*, escanciadores de la embriaguez y extraños siervos de la incontinenencia regocijada de la gente andaluza. Cristóbal sentía en torno la comezón del viaje.

Meterse en un barco y atravesar los mares le daba miedo, ir a despachar vino en las tabernas de la baja Andalucía no le era grato. Fué a Madrid. Antes había contraído matrimonio con una mozueta tosca y bizarra de la que tuvo una hija. La esposa murió en el primer parto. La niña se salvó en la catástrofe materna. Bautizáronla con el nombre de la Virgen adorada por los montañeses. Se la llamó *Aparecida*. Y el padre que había sufrido el inmenso duelo de la hembra amada, de la que fué separado por la muerte, dedicó todos sus afectos a la criaturita, que era gordezuela y sonrosada, y que en la rústica cuna movía brazos y piernas, y lloraba hasta desgañitarse, esperando que el padre, que además era madre, pusiera en sus labios la botellita llena de leche, modo de sustituir la ausencia lamentable de la ubre materna.

Sí, Cristóbal debía ir a la Corte, porque allí encontraría ganancias superiores a las que le eran dables en la aldehuela. Y una tarde cogió a su hija, que ya había cumplido los ocho años, y se dirigió a pie a la estación de Boo, y allí tomó el tren mixto, que en unas cuarenta horas le llevó a la capital de España. Con la preciosa carga de la hija adorada anduvo Cristóbal las siete partidas, buscando hospedaje, y al fin le halló en una casa de vecindad de la calle de Segovia,



donde por veinte reales al mes tuvo un cuartucho, y por otras cuantas pesetas una cama en la que dormía con la nena, con *Aparecida*. Los primeros días de la estancia de Cristóbal en Madrid fueron de espanto.

¿Cómo podría organizar su existencia en esa vorágine tumultuosa de coches, de tranvías, de millares de transeúntes que se agitaban en un loco ir y venir fantástico y terrible?

Sufrió Cristóbal en Madrid los enojos, riesgos y sorpresas propias del rústico que cambia el ámbito de la existencia nativa y entra en los nuevos usos de las urbes magnas. A él, como a cuantos vivieron lo mejor de sus días en la aldea o en el pueblecillo, no le causó asombro el espectáculo brillantísimo de la capital, antes bien, sintió amargura y desprecio para todos aquellos triunfos de la riqueza que parecían rechazarle imponiéndole la orden de volver al punto de partida. La primera impresión recibida por el hércules montañés así que puso el pie en la residencia de los monarcas, fué de considerarse como exótico e incompatible con el ambiente que le rodeaba. Andando por las calles tenía que su persona, su traje y sus maneras le hicieran sospechoso. ¿Qué vendrá a hacer aquí este aldeano y qué propósitos tendrá? Si un escaparate iluminado espléndidamente y lleno de preciosidades artísticas hería su curiosidad invitándole a detenerse en la contemplación, nunca obedecía a esos estímulos, sino que caminaba más deprisa, temeroso de que los guardias de seguridad le echaran la mano. Si alguna vez pasaba un piquete militar marcando gallardamente el paso a compás de la banda, bien que el entusiasmo vibrara en su espíritu, no se consideraba con derecho a pararse y a ver el desfile de los soldados. Como fugitivo, como tímido errante, iba Cristóbal de aquí para allá unas veces en busca del taller, de la fábrica o de los alma-

cenes, en los que le habían indicado que acaso encontrara ocupación, otras por la necesidad de gastar sus músculos en largas caminatas. Singularmente torpe para aprender los itinerarios y recobecos madrileños intentaba salir de la Puerta del Sol para no volver a ella en muchos días, porque aquel centro de agitación vertiginosa le era odiosísimo; y después de recorrer varias calles, cuando imaginaba hallarse a mucha distancia del lugar antipático, tornaba a hallarse en él, como si fuerza misteriosa le tuviera encadenado al centro de la villa. Sin darse cuenta de ello, el montañés andaba rápidamente e iba algunas veces a parar a un extremo de la ciudad, llegaba al campo, dejaba atrás los últimos grupos dispersos de caseríos del suburbio y se sentaba en la tierra en algún descampado por el que andaban rebaños de ovejas. Allí sí que se encontraba a gusto, porque eso era algo que respondía a sus hábitos aldeanos. Pero bien pronto observaba la diferencia.

Los campizos de Mantua eran muy distintos de los de la Montaña. Los de la capital eran misérrimos, pobres y prosaicos. Diríase que la majestad del rey Don Felipe, el que creó en los altozanos del Manzanares la residencia de su Corte, quiso que la bandeja fuese pobre para que resultase más rico el ornamento del Trono. Aquellos prados siempre verdes, aquellas arboledas copiosas, aquellos arroyuelos que descendían de las cimas alegrando y refrescando los terruños, no existían aquí. Entre la aldea cantábrica y los alrededores de Madrid había la distancia que separa lo hermosísimo y conmovedor de lo ruin y áspero.

Sin embargo, sólo por ser campo gustaba Cristóbal de permanecer en sus obligados ocios, en los adarves del fantástico Arroyo Abroñigal, o en los sembrados de La Elipa. Solía acudir a este último rincón porque



una vez vió pastando allí una docena de vacas lecheras, las de cuernos cortos, las de ojos pacíficos, las de piel blanca o negra, lustrosa y limpia. Esto sí que le recordaba las praderías de su tierra. Las tardas y amorosas bestias con su hocico húmedo, pegado a la hierba y sus ubres anchas y pendientes, eran la evocación de aquella comarca insuperablemente idílica, donde la poesía se engrandece y el alma tiembla en la dulce emoción. Conocido es el caso de cierto aldeanito soriano a quien su mala ventura trajo a Madrid. El trabajaba en un almacén de hierro y se pasaba el mes sin salir de entre las paredes lóbregas; y cuando por vez primera después de su llegada a la Corte fué a la calle y recibió la luz del sol, corrió desatinado al campo. Era el mes de julio, los grillos cantaban dondequiera y el monótono vibrar de los élitros de esos bichitos produjo en el mozalbete un raptó de locura. Creyó que estaba otra vez en la dehesa de Berlanga de Duero, que su viaje y residencia en Madrid había sido un ensueño. Y gozó en este error dos o tres horas, hasta que oyó a lo lejos la campanilla y el estremecimiento de un carruaje del tranvía que pasaba por la carretera inmediata. Eso le volvió a la realidad. Sintió el tirón de la cadena que le sujetaba a la nueva obligación. Antes de regresar al almacén de hierro cazó un grillo, le cerró en una caja de cerillas vacía y con ese trofeo regresó a la prisión. Ese grillo era para el mozalbete soriano algo así como la esencia de la patria nativa, el amor de sus días inocentes, la dulcedumbre de la dehesa berlangueña... Escondió el grillo cautivo debajo de su camastro, y de él cuidaba dándole pedazos de hoja de lechuga con que le alimentaba. Pero el grillo cantaba según lo tiene ordenado por Naturaleza, y el amo del almacén dijo un día:

—Aquí se nos ha colado un grillo

que me quita el sueño. Es preciso buscar bien y darle caza.—Púsose en guardia el soriano para que no fuera encontrado el contrabando, y creyó que lo mejor sería meterse la cajita de cerillas en el bolsillo de la blusa. Y quiso Dios, que una mañana, cuando estaba más tranquila y silenciosa la tienda, el grillo comenzara a cantar. Estremeciéndose el muchacho. El amo exclamó:

—Ya tenemos aquí el grillo. Y me parece que está a tu lado, Andrés—que así se llamaba el niño del relato. Fué precisa una declaración paladina; y cuando el dueño del almacén se enteró de lo que aquello significaba, él que también era soriano, y siendo niño había guardado cabras en los alrededores de Berlanga, dijo a Andrés:

—Sólo hay de malo una cosa en esto, y es que hayas querido engañarme, pero te lo perdono. Sé muy bien la pena que da estar lejos del sitio en que se ha nacido. Toma estos diez céntimos. Sal a comprar una jaula de grillos, que por ese precio las venden ahí enfrente, mete en ella a tu amigo cantador y le pondremos en la ventana, y nos alegrará a ti y a mí.

Y dando el comerciante un pescocón amable a Andrés, quedó el caso concluso de la manera más prosaica. Sobre la muestra del almacén de hierros hubo siempre un grillo. El trajo la fortuna al comerciante, porque desde entonces sus negocios aumentaron.

No era posible que Cristóbal Marrón realizase con tanta facilidad sus ansias de llevar a la guardilla en que vivía la representación pastoral de la montaña, porque una vaca cuesta muchos miles de reales y es imposible subirla a un quinto piso y encerrarla en una jaula y colgar ésta en la fachada.

Aumentaba la tristeza de Cristóbal el no hallar trabajo asiduo. Durante una semana estuvo en una empresa



de carros de mudanza, sustituyendo a un antiguo operario que se encontraba enfermo. Después trabajó en la Alhóndiga porque habían llegado grandes cargamentos de trigo y urgía desocupar los vagones que en la Estación de Atocha estaban. Los ingresos escasísimos de estas ocupaciones accidentales no servían para llenar el hueco que en la bolsa de ahorros del montañés se iba produciendo. Sintió Cristóbal el espanto de hallarse en Madrid, ciudad extraña y enemiga, sujeto por las tenazas de la miseria, sin tener medios de que su hija comiera. El pobre hombre se impacientaba en la espera de un trabajo y un jornal diario y seguro.

La portera de la casa en que moraba Marrón le recomendó a un señor que iba a mudar una biblioteca. Era éste un bibliófilo rico y generosísimo. Tenía en mucha estima la copiosa colección de sus volúmenes, entre los que había maravillas de valor incalculable. Y cuando él supo la calidad del Hércules de la Montaña, le dijo:

—Usted va a ocuparse de trasladar mi biblioteca al nuevo edificio que he preparado para ella. Tengo contratado un carro en el que irán siendo transportados mis libros. Usted los colocará en el carro, no dejará de estar a la vista y los subirá a la nueva estancia. Por saber que es usted honradísimo le hago el guardián de mi tesoro, y le pagaré como corresponde a esta confianza.

En tal mudanza ganó Cristóbal una abundante cantidad. El bibliófilo quiso saber dónde y cómo vivía el Hércules, y cuando vió a la niña, a Aparecida, maravillado de la belleza de la criatura, le dijo:

—Mucho cuidado ha de tener usted, Cristóbal, con esta niña, que ahora es pequeñuela, pero que pronto será moza garrida. Han de rodearle mil solicitudes. Yo le encargo que vigile, que no se duerma, y que procure que

sobre ese cuerpo de nieve no caiga el tizón.

Vagas sospechas palpitaban en el alma de Cristóbal sobre lo que más interés diera a su vida: el porvenir honrado y pacífico de la nenita que había nacido como una flor en la aldea montañesa.

En los días festivos y en los muchos en que estaba, contra su voluntad, holgachón, tomaba de la mano a Aparecida y se la llevaba a dar vueltas por Madrid.

Una tarde la condujo al Retiro; y padre e hija anduvieron por los paseos y entraron en la Casa de Fieras, lo que se llama oficialmente Parque Zoológico. Fué el asombro de la niña la contemplación de los exóticos animales encerrados tras las rejas. Hicieronle reír los saltos de los simios que correteaban persiguiéndose y disputándose los pedazos de pan que el público les arrojaba. Se maravilló de las grandes aves carniceras, el perovoctero, que con su cabeza implume y su férreo pico espera inmóvil sobre un palo una víctima que no ha de llegar ya nunca para que en ella sacie la cruel hambre de un instinto destructor. El oso que se paseaba aburrido en el estrecho recinto de la prisión, le dió lástima, porque Aparecida recordaba las narraciones que su padre le hiciera de las cacerías de estos animales en las altas montañas de Liébana. Cristóbal Marrón tuvo entonces un momento de ira. El oso montañés, el que en las vegas descendía de los inaccesibles picos para atracarse en los maizales matando en su camino a las vacas y a las terneras que encontraba, era para él la más autorizada representación de la fiera Montaña. Y el hallarse con que el Rey de aquellas regiones estaba encerrado para diversión de los madrileños, le llenó de enojo. Y él pensó: "Cualquier día me encierran a mí también". Pero Aparecida reía ante otra jaula en la que estaba un bichito misterioso, el



oso hormiguero, un animal todo hocico y rabo. Cristóbal comparó a la bestia-hombre, la corpulentísima y forzada, la que anda sobre los pies cuando le place y sólo "cuadrúpea" si el hambre o el miedo le excitan, la que tiene en sus manos el poder defensivo y ofensivo, la astuta y potente... con el osillo de la trompa húmeda y de la cola enhiesta. Parecióle que era este último bichejo una caricatura del Señor de los riscos de Liébana. Y él sintió el horror de que su enérgica, briosa y honrada personalidad se convirtiese en Madrid, bajo el imperio de las corruptoras costumbres cortesanas, en la bestezuela ruin que causaba risa a Aparecida.

Al salir del Retiro Cristóbal con la niña, se encontró a una banda de gitanos. Dos mujeres, vieja, cana y negruzca una, la otra joven, cobriza de negrísima cabellera, de ojos rutilantes, quisieron detener a la pareja de la Montaña.

—Tú eres—dijo la anciana a Cristóbal—un hombre que ha venido de tierras lejanas para ganarse la vida en Madrid. Y tu "chorrela" es la única alegría de tu vida. Quieres que os diga la buenaaventura?

Cristóbal contestó que no.

Y la gitanilla joven, tomando en sus manos verdosas la blanquísima diestra de Aparecida, trazó sobre la palma unas líneas, dió un golpecito con los dedos juntos, y luego dijo:

—Ya está, ya está averiguado todo. Tú (dirigiéndose a Cristóbal), eres un papanatas que no sabes nada de la vida. Esta niñita tan linda como una rosa y tan gallarda como un juncó, te llevará a buen puerto, porque con su hermosura dominará a los hombres y ella será rica, rica por el amor...

Y la vieja gitana, al ver que Cristóbal se negaba a entregarle su mano para que en ella le descubriese lo futuro, y cierta de que no sacaría de él ni un perro chico, gritó iracunda:

—Anda de ahí, y marcha por la tie-

rra, hombre de las montañas aguadas. No mereces el que mi niña y yo nos hayamos detenido para hablar con vosotros... Tú eres tal como un animalucho tosco... Tu hijita es como un pimpllo... Ella se te irá, ella buscará un buen tiesto en que luzca la flor de su gracia.

Las gitanas marcharon rápidamente camino de la Ronda de la Tela. El Hércules montañés quedó clavado en tierra, como si sus pies hubieran echado raíces. Cogió las dos manos de Aparecida, las estrechó fieramente; y mientras la niña reía, el padre sollozaba.

Una mañana dijo Aparecida a Cristóbal:

—Mi padre, quiero que me lleves luego de paseo por donde van los grandes señores, porque cuando yo iba con la vecina para comprar patatas, he visto muchos coches preciosos, con caballos que relucían, con señoras vestidas de seda. Es muy hermoso eso que he visto. Y he oído que hay en Madrid un paseo al que va toda la Grandeza... Yo quiero verlo, porque eso será lo mejor del mundo.

—Sí que te llevaré—contestó Cristóbal Marrón.—Pero no es eso lo mejor del mundo.

—¿Puede haber en el mundo algo mejor que eso?

—Sí que lo hay, más grande soy yo, porque soy pobre y honrado. Más grande serás tú, si quieres serlo, porque no puede haber nada más digno de respeto que la miseria con resignación.

—No, eso no — replicó enérgicamente Aparecida.—Lo más grande es la riqueza... Esas señoras que van en sus coches, esos caballeros que van en sus caballos, esas tiendas llenas de telas de seda y de sortijas y de pendientes, esos almacenes de cosas de comer en los que está lo más rico, lo más sabroso... Eso es lo mejor.

Tras un breve silencio la niña, ob-



servando que Cristóbal callaba, añadió:

—De manera, mi padre, que tú te darás por contento con que yo no coma nunca esas golosinas que veo detrás de los cristales, ni me vista con esas ricas telas, ni cuelguen de mis orejas esos pendientes, ni vaya nunca en coche...

—La mi nena, la mía Aparecida, la hijita de mis entrañas, yo quisiera que tú fueses vestida de oro, llena de joyas, en una carroza prodigiosísima... quisiera que fueses reina y señora del mundo... pero eso no es posible, y no hay nada peor que el intento de lo que está sobre nuestros medios. Feliz me harás resignándote a la pobreza. Hay en ser pobre muchos encantos, la perfección que Dios ha exigido a los hombres.

—No, no... Yo quiero ser rica... ¿Por qué razón no he de serlo? Lo son otras niñas, lo son otras mujeres. Y yo las veo en sus coches, y son más feas que yo. Algunas me parecen horribles, con sus narices largas, con los malos colores. Vistenlas con ricos trajes y ni aun así resultan hermosas...

Cristóbal quedó silencioso largamente. El dolor que aquellas palabras de la nena le producía, excitaban de tal manera su mentalidad, que adivinó prodigiosas y trágicas lontananzas. La sencillez de sus costumbres, su conformidad con ellas, la rudeza generosísima de sus hábitos nativos, tropezaban con un ideal inesperado. El había puesto todas las ansias y toda la sentimentalidad de su ser en que Aparecida fuese como él, mejor que él, viviendo dentro del mismo ámbito moral. Y resultaba que Aparecida era una protesta contra el régimen natural de los pobres. Ella soñaba con ambiciones absurdas... Los brillantes... los trajes opulentos... las carrozas...

Cuando Cristóbal fué con su hija al paseo de coches de la Castellana, jamás visto por el montañés, sufrió éste

terrible amargura. Sí, aquello significaba una vida nueva, una vida de esplendores y de placeres. ¡Cuán lejos de la aldea montañesa!... Y la niña saltaba de gozo, y decía a su padre:

—Mira, mira... en aquel coche va una señora con un sombrero lleno de plumas blancas. Es hermosísima ella... Y al lado del coche está un señor muy elegante y guapo que va sobre un caballo negro... ¿No los ves?

—Sí que los veo—contestó Cristóbal.—Esa señora y ese caballero, y las otras señoras y los otros caballeros que por aquí pasan, son el señorío. Es necesario que haya señorío. Y es necesario que haya pobres.

—Sí, será necesario, pero, ¿por qué no hemos de ser nosotros los del señorío?

—Porque Dios no lo ha querido—concluyó el Hércules.

—¿Y por qué no lo ha querido?—interrogó hostil la niña.

—Porque no lo ha querido, y eso basta.

—De manera que...

—De manera que...—exclamó Cristóbal,—hemos de resignarnos, y aun hemos de agradecer que nos tenga sobre la tierra, porque un soplo de su voluntad nos destruiría...

Muchas veces pensó Marrón, que no encontrando él en Madrid modo de ganarse la vida segura y pródigamente, aún fuera lo mejor el retorno a la montaña. El sentía la nostalgia de los prados verdes, de los mercados en los pueblos circundantes al suyo. Lloraba muchas veces pensando en que toda la felicidad del mundo estaba en aquel rincón de la tierra. Y las palabras y las ansias y los juicios de Aparecida le daban miedo... ¿Era que aquella nena había recibido en su corazón los effluvis diabólicos?... ¿Era que la maldad cortesana se había apoderado de Aparecida?... Rechazaba Cristóbal esta hipótesis, porque bien que ignorante, el buen sentido latía en su cerebro, y no le parecía vero-



símil el que una criatura de tan pocos años, lista en verdad, pero ignorantisima, dijese aquello que decía sino por retahila escuchada en las conversaciones con las muchachuelas de la vecindad.

Y cuando Cristóbal se encontraba en la guardilla al lado de su hija, y ésta se le sentaba sobre las rodillas, y le besaba, y le llenaba de caricias, todas las sospechas contrarias a su humildísimo ideal de vida, se desvanecían. Eran horas de felicidad suprema. Cristóbal creía en su hija, creía en lo porvenir.

Al lado del cuarto que Cristóbal alquilara, vivía una pobre vieja vendedora de frutas, viuda, triste. Llamábase Bernardina. En la fácil comunicación que se establece entre los afligidos, pronto quedó la anciana convertida en madre de la niña. Era la vieja muy conocedora de la vida y se hizo cargo de la situación de aquel hombre. Y un día fué y le dijo:

—Usted, Cristóbal, tiene que ganarse la vida, porque ya me ha manifestado que apenas le quedan unos cuantos duros y que le urge encontrar trabajo. Si a usted le place viviremos juntos. Yo cuidaré de Aparecida, y usted podrá andar a sus negocios.

La ternura ingénita del Hércules se fundió en lágrimas. Y tomando entre sus manos callosas y fuertes las esqueladas y tembladoras de la vecina contestó:

—Sí, eso está muy bien... Eso es lo que yo deseaba... Juntos viviremos. Yo trabajaré... Pero al entregarle el depósito de Aparecida, le entrego mi alma, porque si mi nena desapareciese yo moriría.

Y la vieja vendedora de frutas, que había atravesado los inmensos páramos de la angustia, lloró también. El Hércules de la Montaña y la vejezuela matritense, se unieron en un abrazo, mientras Aparecida andaba de aquí para allá en la estrecha estancia, intentando cantar, poniendo en sus ges-

tos y en sus actitudes las gracias nativas de las mujeres del poético septentrion.

Era ya Aparecida una muchachita de buen talle y con cierta experiencia del vivir. Aunque en los tiempos en que ella vivió sola con su padre no le fué preciso ningún trabajo doméstico, porque el Hércules suplía con su propia labor la ausencia de una mujer que guisara y limpiase el estrecho domicilio, había ido la niña enterándose de las realidades que la rodeaban. Había en ella contrastes singulares de conducta. Muchos días era la más rendida de las hijas, la más cálida amorosa del padre. Otros manifestábase hosca y violenta. Entonces todo le parecía mal, con lo que sufría infinitamente el infeliz montañés.

La compañía de Bernardina no le fué desagradable a la nena, porque la vieja, desde el primer momento, empleó tal género de cuidados, de esmeradísimas atenciones en la comisión que Cristóbal le confiara, que por momentos se veía la utilidad de su intervención. El escaso dinero que recibiera la vieja de Cristóbal, ella lo acrecentaba por el estímulo, la experiencia y el acierto de una magistral gerente de hacienda misérrima. Se comía mejor, se vivía mejor, la limpieza reinaba en las estancias, las ropas de la niña eran cuidadas maravillosamente. Bernardina cosía, zurcía, lavaba. Con dos pedacitos de carbón preparaba ella un sustancioso puchero. Diríase que había entrado en la guardilla la diosa de la Abundancia.

El Hércules montañés trabajaba aquí y allá, y si pasaba semanas enteras sin lograr beneficio alguno, luego un inesperado ajuste para trasportar muebles, limpiar casas desalquiladas, conducir leñas a los almacenes de las carbonerías, proporcionábanle ingresos abundantes. Lo cierto es que entre estos inseguros beneficios y el resto de la bolsita de crúdillo en que aún quedaban monedas del ahorro monta-



ñés, allí se podía vivir sin que nunca faltase el pan.

Tomó rápidamente Aparecida cariño a la anciana Bernardina. Con ella estaba siempre, con ella salía a dar paseos, con ella iba ensanchándose el horizonte de la existencia.

Y en la soledad de la decrepita y de la mozuela, ésta interrogaba siempre a aquélla con un afán curioso, con una inagotable ansia de noticias, de cómo iban las cosas en el mundo.

—Cuéntame, cuéntame—decía Aparecida a Bernardina,—cuéntame cómo son los amores, cómo las tristezas, cómo las luchas entre hombre y mujer... Porque de lo poco que he oído, de las conversaciones que he escuchado, sé tan sólo que el hombre busca a la mujer y la mujer teme al hombre, y sin embargo, quiere con él encontrarse. Sé también que hay en estas cosas un momento de pecado. El confesor a quien mi padre me lleva cada mes, me ha hablado de esto, pero yo no le he entendido. Y quiero que tú me lo expliques, porque es necesario que yo lo sepa.

Aunque muy experimentada Bernardina en los azares del vivir, porque no hay maestros mejores que el hambre y el dolor, veíase sorprendida y confusa con los interrogatorios de la linda nena montañesa. Salía del paso como le era dable, diciendo:

—Hija mía, la mujer lleva en sí un don del cielo: la vergüenza. Con ese don basta para la defensa de las codicias de los hombres. Y cuanto más humilde sea la hembra, y más pobre, más ha de cuidar de ese don divino... Pero no pensemos en eso ni hablemos de eso. Nadie tiene experiencia bastante para prevenirse ante los riesgos de la inesperada fortuna. Yo creo que la ignorancia es la mejor de las defensas. Acuérdate siempre de que tu padre es un santo, de que ha dedicado a ti todos sus esfuerzos y todos sus cariños, que en ti solo piensa y que por ti solo vive... Siempre que tengas

alguna duda, consúltasela, pero si no pudieras o no quisieses, te bastará el recuerdo de este padre excelentísimo, el mejor de los hombres que yo he conocido.

En ocasiones, Aparecida rogaba a la anciana que le contara historias y le refiriese cuentos. Y entonces Bernardina, ajustándose bajo la barbilla las puntas del pañuelo de hierbas con que cubría su cabeza, comenzaba:

—Has de saber, mi niña, que allá en la ciudad de Burgos hubo hace muchísimos años una doncellita hermosísima, hija del mercader más rico de la ciudad. Ella se nombraba Isabela. El padre tenía un almacén de tejidos y de cueros, grandes fincas en la campiña, ganados y tesoros. Cuando la niña era mozuela, quedóse el mercader viudo y apenas pudo resistir el sentimiento de haber perdido a la fiel y adorada compañera. También la mozuela sufrió gran quebranto al hallarse sin la compañía de la madre, pero los jóvenes encuentran en su propia esperanza de lo futuro, defensa contra las amarguras. Sólo los viejos nos rendimos al chocar con la muerte de los seres amados. Es que se nos llevan con cada uno de ellos una buena porción de la existencia menguada... Pues bien, esta Isabela, un día se enamoró de un joven burgalés que a pie y a caballo paseaba constantemente bajo sus balcones...

—¿Eran muy ricos Isabela y su pretendiente?—interrogó Aparecida.

—Bien acomodados sí que lo eran—contestó Bernardina—Pero no fabulosamente poderosos.

—Pues no me cuentes más—interrumpió la nena montañesa.—Quiero que me hables de los riquísimos, de los que tienen millones y millones, de los que manejan tesoros inagotables, de los que encierran en sus arcas arrobas de moneda y de piedras preciosas.

—Eso, nena querida, sólo ocurre en los cuentos... Porque es verdad que



hay en el mundo unos cuantos centenares o millares de familias que andan a patadas con la moneda, pero eso es tan raro entre la innumerabilidad de los pobres, casi pobres, holgados y medianamente ricos que yo no se nada de los hechos y aventuras que tuvieron. Lo que sí recuerdo es no pocas referencias fabulosas que he oído siendo niña, en los romances, y en las consejas que al amor de la lumbre escuché siendo yo niña, allá en mi aldea.

—Pues eso es lo que quiero que tú me cuentes, porque eso es lo que habrá de interesarme.

—¿Y no te gustaría más que te narrase las aventuras de una doncella que nació en mi pueblo, y que siendo pobrísima, por su virtud y su trabajo llegó a ser poderosa así en los bienes de fortuna como en la fama?

—No, no. Cuéntame de los ricos ricos, de los que anduvieron siempre en grandes cochés, de los amores que tuvieron las muchachas bien vestidas y sus novios, los altos caballeros.

—Pues voy a contarte lo que quieres—añadió la anciana—. Había en Teruel, hará ochenta años, un conde tan acaudalado, que en sus cuabras tomaban pienso más de cien caballos, y en sus cocheras guardábanse ocho carrozas. Millares de criados le servían. Casi toda la tierra turolense era de su propiedad. Al llegar el tiempo de las cosechas acudían a los graneros del conde miles de carros y miles de bestias cargados con el trigo, la cebada, y los otros productos de los sembradíos. Cuando las ovejas eran despojadas de sus lanas, no había lugar bastante en los almacenes del señor para guardarlas. Y así en todo, porque aquel conde de Teruel era el más rico de los ricos.

—¿Tenía alguna hija ese conde?—preguntó Aparecida.

—Sí que la tenía. Llamábase Aldonza. Era linda como una azucena,

virtuosa como la propia virtud... Desde muy niña había sentido lá condesita el amor de Dios, y así rezaba largamente, y pasaba horas y horas en la capilla del palacio, con el rosario entre las manos, fijos los ojos en un cuadro que había en el altar y que representaba a la Virgen de los Dolores.

—¿Y tuvo algún novio la hija del conde?

—Sí que lo tuvo, uno solo.

—¿Fué algún otro noble o caballero del país?

—Fué ese novio el más noble y el más caballero de todos los países... Fué Jesucristo... Porque la condesita de Teruel había puesto las ansias de su corazón en el amor de Dios, y quiso ser monja, y lo fué, y fundó un Monasterio, que aún subsiste, y dedicó todas las rentas que de su padre heredara a limosnas que favoreciesen a los pobres y a la defensa de la fe.

—No, tampoco me gusta ese cuento—dijo con desabrido tono Aparecida.—Yo quiero que me digas cosas de amor, de amor de los hombres con las mujeres. Eso es lo único que me interesa.

—De eso no sé nada, nena mía, porque yo me casé con mi esposo cuando sólo tenía diez y seis años. Yo estaba entonces lozana, no hermosa, porque nunca lo fuí. Mi esposo era un pobre trabajador de los campos. Él sabía cuidar de las bestias, llevar el arado, conducir un carro, aparejar un trillo... Era honradísimo. A mí me quería mucho y nunca me dió el menor enojo. Enfermó y murió, y yo me quedé sola, sola para siempre, hasta que os he encontrado a tu padre y a tí... No me dió hijos aquel santo varón, ni me dejó renta. Lo que sí me ha dejado es una dulce memoria. Por eso cada noche le rezo un rosario, y estoy cierta de que él, allá en el cielo, me mira y sabe que le guardo la eterna fidelidad. Y cuando yo muera, en el Camposanto seguirán mis



huesos adorando al hombre de mi amor.

Aparecida quedó emocionada con

estas palabras de intensa ternura, pero no le satisfizo el relato. Ella quería alegres aventuras.

## II

### LA SANTA OBLIGACIÓN

Parecióle a Cristóbal Marrón que mientras él encontraba ocupación a propósito y fija para ganarse la vida, no era posible dar tiempo a que la niña se acostumbrase a la ignorancia y al vivir estrecho del mísero albergue. Había que educarla, enseñarla, pulirla. Y consultado el caso con la vieja quedó resuelto que Aparecida fuese a una escuela del barrio, a una escuela que sostenían ciertas monjas en un convento próximo. Acudían a esas enseñanzas, hijos de pobres, niñas sin fortuna, y las buenas maestras no sólo las doctrinaban en lo que ellas sabían, sino que iban guiándolas en el camino del sacrificio, único modo de que los desvalidos aprendan, porque si a ellos no se les conduce por la senda de las resignaciones, de nada servirá cualquier otro esfuerzo pedagógico.

Aparecida entró en el convento para asistir a las clases de lectura, escritura, doctrina cristiana, destrezas de la aguja, lavado y planchado. Desde las primeras semanas se advirtió que la hija de Marrón tenía facilidad extraordinaria para lo espiritual y para lo delicado. Bien pronto cosía maravillosamente. Bordando adquirió milagrosa destreza en los dedos. Leer, escribir, las operaciones aritméticas primarias fueron presto obstáculos ven-

cidos. Pero el día de la semana, que era el lunes, en que la niña y sus compañeras habían de remangarse los brazos, y mover ropa sucia entre el agua jabonosa, en lebrillos dispuestos con higiene, ese le era muy desagradable.

Advirtiéndolo un día la madre Fernandina, que cuidaba de estos ensayos, llamó aparte a Aparecida y le dijo:

—Hija mía, vengo observando que tienes singular facilidad para los oficios de la señorita, y tú no lo eres. Has de vivir en el trabajo, has de luchar para ganarte la existencia, y debes dominar el enojo que te cause esta operación vulgarísima, porque en ella encontrarás lo que necesitas.

Aparecida contestó:

—Todo lo que la madre me ordene lo haré. Pero unas cosas me cuestan esfuerzo y otras no.

—Precisamente el mérito se halla—añadió la madre Fernandina—en realizar con buena voluntad lo que molesta, y en tomar como castigo lo agradable. Esta es la norma de nuestra existencia. No creas que yo he nacido en el servicio de los demás. Lejos de eso: yo soy hija de una familia principalísima y rica. Podía haber permanecido siempre en palacios o en casas opulentas. Un día una desgracia íntima me apartó de los placeres y me trajo a este bendito rincón en el que



moro. He sufrido mucho, me ha sido necesario torcer la voluntad, y cuanto más la torcía, más fuerte iba haciéndose. Los espartillos que forman una tomiza, son hierbas frescas, húmedas y blandas. Los toma el espartero, los prensa y los machaca, y los convierte en sogas con las que son atados los fardos del comerciante. Cuando yo tenía quince años no hubiera concebido que alguien me propusiera lavar los pies y las manos de las niñas asiladas que llegan a esta casa sucias y mal olientes. Me impuse el sacrificio. Y una tarde en que era enterrado entre pompas funerarias, dignas de un príncipe, un hermano mío, y cuando el Rey y la Corte asistían a los funerales, quise dar la señal primera de mi obediencia a la condición divina de los esclavos de Nuestra Señora. Entonces rogué a la madre superiora que me permitiese ir a desempeñar el oficio más vil, si alguno había que vil fuese, en nuestras obligaciones conventuales. La superiora me permitió que besara su correa, señal de que estaba contenta de mí, y me ordenó que fuese a los corrales de la casa para curar a un asno moribundo que tenía el lomo lleno de llagas. Había que lavárselas, poniendo en ellas cierta medicina, bajo la que la bestia infeliz se dolía, estremeciéndose.

"Quiso el acaso que mi hermano adoradísimo, heredero de tantas glorias históricas, falleciese en palacio cercano al convento. Y mientras yo curaba al burro moribundo, oía la música militar que acompañaba al féretro de aquel ser amado. El se iba de la vida con los esplendores de una alta representación, y yo pasaba una esponja mojada en agua sublimada so-

bre las cortezas hediondas de la bestia herida... Cuando concluyó mi trabajo, se habían alejado ya los rumores del entierro. Entonces vino a buscarme la madre superiora y me dijo:

—"Ahora es cuando has entrado, madre Fernanda, en esta casa de la alegría. El sacrificio que has hecho es admirable. Llorabas por dentro, sentías ausentarse para siempre el Duque, que fué tu hermano, has dominado tu duelo, has puesto en Dios tu alma, y tus manos las has puesto en ese repugnante animalejo... Así es como has ingresado definitiva y gloriosamente en esta santa comunidad...

La madre Fernandina al referir este recuerdo dejó palpar en su garganta una emoción clamorosa. Pero así como había dominado su voluntad en la ocasión narrada, sujetó entonces el temblor de la queja, y siguió luego:

—Sí, hija mía. Tu no vienes aquí para ser monja, ni para recluirte en los ámbitos de Jesús; sino para aprender, y cuando lo hayas aprendido, o cuando tu humilde y honradísimo padre lo requiera, volverás a la vida, a la vida libre, quién sabe si a los amores... No pienses que nosotras queremos recoger y encerrar para siempre a las niñas que se nos confían. Lo que sí queremos es poner en el corazón de ellas una marca, la de la obediencia a la necesidad.

Aparecida había escuchado estas palabras, sintiendo que el llanto acudía a sus ojos. Era una niña buena, fácil a la impresión de los puros ideales. Rindióse al consejo de la madre Fernandina y le ofreció que desde el día siguiente lavaría la ropa sucia y aceptaría cualquier encargo que le desagradara.





### III

#### UN DÍA DE FIESTA

Poco tiempo después de la escena referida se verificaba en el convento donde Aparecida recibía educación, una gran solemnidad, no sé con qué motivo. Era en la primavera, el jardín de la casa estallaba en flores. El obispo y otros dignatarios de la Iglesia presidían el acto. Las niñas, vestidas de blanco, formaban filas en el camino por donde habían de pasar las aristocráticas señoras protectoras de la institución. Y con ellas iban sus hijas, una florida teoría de jóvenes elegantes, que representaban los más esclarecidos linajes españoles. Fué un acontecimiento del que se ocuparon los periódicos: un precioso alarde de la caridad y del lujo. El aroma de las rosas y de los claveles, el vapor del incienso, el chispear de la luz del sol en las dalmáticas sacerdotales, la alegre música de una banda militar, el arte supremo en que se juntaban oraciones y arrogancias del poder oficial, convertían el, de ordinario, tranquilo paraje, en teatro magnífico de majestuosas victorias: las de una Fe acatada por ricos y pobres.

Cuando acabó el desfile, y en la noche volvió el jardín de las monjitas a su placidez habitual, fueron obsequiadas las niñas con un banquete. Frutas delicadas, dulces exquisitos, flores, adornaban la mesa. Las madres circulaban en torno de las asi-

ladas y de las educandas poniendo en sus indicaciones cuanto había de emocionante y de enternecedor en el suceso que había terminado.

La madre Fernandina se acercó a Aparecida, y le dijo:

—Ya has visto cómo vienen a nosotros los poderosos. ¿Estás contenta?

Aparecida manifestaba violentísimo estremecimiento en todo su ser. Calló un instante, y luego, poniendo sus ojos luminosísimos en los de la madre Fernandina, le contestó de esta manera:

—Lo que he visto hoy, me ha destrozado el alma. Ni aun aquí donde vivimos y aprendemos las hijas de los pobres, deja de aparecer la riqueza que viene a humillarnos.

Quedó espantada la madre Fernandina, al escuchar estas palabras.

—Acaso—dijo—no te he entendido bien.

Y Aparecida, en un sobresalto indomitable, gritó:

—¿Qué es lo que quieren ustedes de nosotras?... ¿Quieren que seamos el espectáculo agradable de las que todo lo tienen?

La madre Fernandina guardó silencio, pero no sin que sus ojos negros y serenos se clavaran en los estremecidos de la hija de Marrón.

Acaso recibió entonces la santa



monja uno de los agravios mayores que le era posible concebir. Una muchacha se rebelaba, una voluntad indómita aparecía... Dominando la madre la angustia de su espíritu, dijo a la niña:

—Eso significa que mañana te vas de nuestra casa.

Contestó serenamente Aparecida:

—Sí, sí. Me iré mañana. Y si mi padre no viene por mí, yo me escaparé.

#### IV

##### CAMBIO DE CAMINO

A la mañana siguiente Bernardina recibió un aviso del colegio para que fuese a recoger a Aparecida. Las madres explicaron el suceso diciendo que allí no querían tener sino educandas que aceptasen gustosas el régimen y las instituciones de la casa. La impresión de la vieja fué dolorosísima, pero cuando le entregaron a Aparecida, ésta le dijo cosas tales que el disgusto se convirtió en contento. La niña quería aprender otras cosas que no fuesen sólo oraciones, y ella sabía que cerca de su casa había un colegio francés, al que quería asistir, y en el que tomaría su entendimiento toda la amplitud que le era propia.

El buen padre, que estaba consumiendo entonces los últimos residuos de sus ahorros santanderinos, aceptó encantado el deseo de la niña.

Lo que sí hizo el bonísimo Cristóbal Marrón fué ir a ver a la superiora del convento para darle toscamente

gracias.

—Su hija de usted—manifestó la monja—siente el estímulo de las novedades. Ella es buena, es muy inteligente. La hubiéramos convertido en una maestra notable. Pero no sé qué inquietud mortal la ha perturbado... Dios busca caminos misteriosos, y donde todos creemos acertar, la Sabiduría interviene.

En la ignorancia del rudo montañés estas palabras causaron honda tristeza. Imaginó que Aparecida había cambiado de ser, que la dócil calidad de su raza se había alterado en extrañas modificaciones.

Pero la alegre sonrisa de la muchacha desvaneció todas las preocupaciones.

Aparecida fué desde el otro día discípula de una escuela francesa que allí cerca estaba.



## LA PRUEBA

Cristóbal buscó trabajo, acudiendo a donde le dijeron. Alguien les habló de comprar una plaza de mozo de cuerda que entonces era monopolio de un sindicato. Creyó que eso no le convenía y acudió a la Estación del Ferrocarril del Norte. Habló con uno de los mozos y le expuso su pensamiento. El requerido le contestó con evasivas. En toda organización humana, desde aquéllas que dirigen la gobernación española a las humildísimas que sirven a los viajeros conduciendo sus equipajes, hay un propósito defensivo contra los nuevos.

—¿Quién será este hombre que viene aquí a importunarnos?—piensan los que ya gozan del beneficio de una posición adquirida. Cristóbal quedó aterrado al ver que no encontraría en Madrid ocupación acomodada a sus méritos. Pero entonces ocurrió algo extraordinario. La genialidad triunfa cuando menos se espera. Napoleón, capitán de artillería, adivinó en el sitio de una plaza asediada, el punto vulnerable y allí se engendró su fama. En el muelle de descarga de las mercancías donde el montañés se encontraba, había cuatro o seis mozos intentando colocar un gran baúl de un viajante de comercio en el carro que había de conducirlo a no sé qué almacén madrileño. Inútilmente empujaban aquellos hombres la pesadísima caja, sin conseguir moverla. Era como si ella se hubiera adherido

a la tierra y estuviese soldada al pavimento. Miraba Cristóbal la escena y tras un rápido titubeo, venciendo la inocente modestia aldeana, se adelantó y dijo:

—¿Quieren ustedes que yo pruebe?

El dueño del baúl era un viajante de Sevilla a quien ya impacientaba que no hubiera modo de poner el muestrario de sus mercaderías en el camión que había de arrastrarlo. Miró el viajante a Cristóbal, y hallándole de no muy elevada talla y de meneguada corpulencia, sonrió, diciendo:

—¿Cómo quieres tú menear este baúl mundo con el que no pueden cuatro fornidos mozos habituados a tales trabajos?... Traigo ahí dentro de esta caja enorme las últimas novedades mercantiles, que han de asegurarme la fama y el negocio. Lo mejor será, puesto que el vagón se halla cerca de una grúa, que lo arrimemos para que esa grúa levante el mundo y lo coloque en el camión.

Cristóbal, que era todo modestia, sólo tenía un punto de orgullo en su alma, el del poder de sus músculos. Y sintiéndose agraviado por las palabras burlescas del viajante, contestó:

—El que yo pruebe no le va a costar a usted dinero.

—Pues anda, hombre — repuso el viajante.—Anda con el mundo, a ver si lo mueves.

Y entonces ocurrió algo maravillo-



so, digno de que los poetas lo cantaran, merecedor del relato histórico.

Cristóbal se acercó al mundo del viajante, clavó sus manos de hierro en las esquinas, lo meneó rápidamente y aplicando el hombro derecho al punto central del peso, levantó en los aires, facilísima y gallardamente, la mole invencible. Y cuando Cristóbal tomó sobre sus espaldas la pesadumbre aterradora de la caja, quedándole aún energías para sonreír, exclamó, fijos sus ojos en el viajante:

—¿Dónde quiere usted que lleve esta jaula de grillos?

Entre los otros mozos que habían fracasado en el intento de menear el mundo, habría sin duda estímulos de envidia y de enojo, pero imperó la admiración. Sonaron los aplausos. Y el más viejo de los descargadores gritó:

—¡Esto es un fenómeno...!

El viajante dijo rápidamente:

—Ponlo ahí en ese camión, déjalo pronto, porque vas a reventarte.

Cristóbal sonreía bajo la pesadumbre trágica de aquel mundo lleno de maravillas mercantiles. Y añadiendo al esfuerzo la coquetería, dió un salto mientras cantaba la copla montañesa:

El Mundo es pequeño si lo muevo yo  
Puedo con el Mundo que es mi corazón.  
La Virgen me ha dado la fuerza mayor.  
Yo soy el buey hombre,  
Yo soy el amor...

El viajante de comercio lanzó un grito de entusiasmo, y como él tenía puntos y ribetes de literato o a lo menos de lector de periódicos y revistas ilustradas, dijo, modificando una frase histórica:

—El Mundo marcha... Y un asno lo mueve...

Cristóbal había dejado la caja del muestrario sobre el camión. El viajante sacó de su bolsillo un duro, y se lo iba a entregar al Hércules montañés; pero éste se negó a recibirlo.

—Como usted no me ha contratado para servirle—dijo,—no tiene por qué pagarme. Y como ha dicho usted algo de asno, en modo alguno aceptaría recompensa. Trabajar sí, aguantar ofensas, no... Ahí tiene usted su baúl en el carro... Para mí ha sido un juego. El carro y las mulas pondría yo en el aire si quisiera... Bromas mías... Allá en mi tierra de Santander, los niños menean las montañas... No merece estima lo que he hecho... Guárdese su dinero y sepa que en las ocasiones difíciles acaso aparece quien las resuelve...

El viajante no quiso recoger la moneda que había dado, y entonces Cristóbal tiró el duro por el aire y se alejó tranquilamente.

Pero le siguió el capataz de los servicios de la descarga, hombre astuto que ya había adivinado la condición del Hércules, y cuando se halló a solas con él le dijo:

—Si te conviene, aquí tendrás trabajo. Tres pesetas de jornal y las propinas... ¿Quieres aceptar mi oferta?

Cristóbal contestó:

—Acepto... acepto. ¿A qué hora he de venir? ¿Qué he de hacer?

—A las seis de la mañana habrás de estar en este muelle para trabajar con nosotros.

De este modo, Cristóbal el Montañés quedó adscrito al servicio de la estación del Norte madrileña.



Pasó el tiempo... como pasa el tiempo, monótonamente, tristemente. Lo cual significa que los niños se hacen grandes y los jóvenes se hacen viejos. En el lapso de las horas los afines se juntan y se enlazan, y de esta suerte Cristóbal Marrón tenía cubierta la cabeza de canas cuando Aparecida era una lindísima mozuela de veinte años de edad. La vieja vecina que había cuidado de la nena montañesa, formaba parte de aquella familia. Comprendió Cristóbal que la compañía de la buena mujer le era precisa. Vivían juntos, en pobre departamento de una casa de la calle de Leganitos, que por estar cercana a la Estación del Norte convenía al Hércules, trabajador incansable en la descarga de las mercancías. Bernardina, la anciana que se había incorporado al hogar de Cristóbal, cuidaba de la mísera hacienda del forzado trabajador, y acabó por ser madre y abuela de Aparecida. Enternecedor grupo era el que formaban Cristóbal, Aparecida y Bernardina. El padre quiso que la niña siguiera su gusto y continuara en el colegio francés que allí cerca estaba, y que regía una dama de Hendaya. Rápidamente supo la muchacha no sólo leer, escribir y la rudimentaria aritmética, sino también el idioma de la nación vecina y dominante.

Era para Cristóbal caso de maravilla el que su hija leyera libros fran-

ceses y los tradujera pronunciando correctamente los vocablos del insigne idioma. Bernardina reía escuchando aquellas palabras cuya sonoridad le sorprendía y cuyo sentido ignoraba. Y el mozo de la Estación del Norte sentía espasmos de orgullo viendo que aquella criatura se afinaba, se embellecía e iba adquiriendo sublime perfección en la persona, en los pensamientos y en las costumbres. Hubo un momento en que el buen Cristóbal se estremeció con miedo. Claro es que los que viven juntos, siendo la mudanza de los seres continua y lenta, con dificultad advierten los cambios. Sería preciso que en la memoria quedase la impresión del ayer para confrontarla con la impresión del hoy. No obstante la rudeza mental del Hércules, pudo ver en ese momento de adivinación que el amor paternal otorga a los menos inteligentes, que aquella niña, aquella mozuela, aquella bellísima muchacha, Aparecida, era como flor inesperada y extrañísima, que en modo alguno había ser compatible con la pobreza del cuartucho, con la blusa azul empapada en sudores, con el mísero puchero en que Bernardina preparaba el alimento, y con la estrechez de los horizontes familiares.

No sé en qué día de fiesta popular madrileña, Aparecida fué con Bernardina a los Barrios Bajos. ¿Era la verbena de San Cayetano? ¿Era la de la Paloma, consagrada en las artes por



el genio musical de Bretón?... No lo sé. Cuando Aparecida volvió a su casa, Cristóbal roncaba en su camastro. Había movido muchas toneladas de mercancía, y bajo el peso de la labor, aquella naturaleza poderosa se rendía al sueño.

A eso de las cuatro de la mañana Cristóbal experimentó un sobresalto. Era como si su cerebro, su menguado cerebro y su corazón, su gran corazón, se hubieran puesto de acuerdo en medio de las tinieblas nocturnas, y formularan una pregunta. El montañés se incorporó en su lecho, y sin palabras, silenciosamente, se dijo: "¿Qué es mi hija?... ¿Que va a ser de Aparecida?"

Y en estas ideas palpitaban las dudas de un padre honrado, temeroso de que el objeto de sus desvelos, el recóndito amor de sus entrañas, descaeciera y se perdiese por no ser el ambiente en que vivía el adecuado a las ansias de la mujercita. Y desde aquel momento fué dolorosa la vida de Cristóbal. El observaba a Aparecida, él estudiaba sus gestos, sus actitudes, y sus palabras. El temblaba imaginando horrores... Sí, Aparecida merecía otra existencia. Era la niña como una perla, milagrosamente engendrada en el barro común de la vida. ¿Con qué derecho el padre rudo, e ignorante iba a detener el progreso de su generación? El era un animal, una bestia de carga, músculo y nada más que músculo. Y Aparecida era flor milagrosa y luciente que surgía entre los matorrales, admirando a los contempladores.

Una noche fué Cristóbal con Aparecida a un teatro. Era la primera vez que esto ocurría. Y vió el Hércules montañés, que sobre la nena adorada caían como flechas las miradas de los hombres. Verdaderamente Aparecida constituía un encanto de gracia y de hermosura. Primero hubo en el corazón de Cristóbal una impresión de orgullo. Después llegó al miedo. Había

comprendido que entre él y su hija existía un abismo. Ciertamente que ella acariciaba al padre, le esperaba cuando él volvía de su trabajo, le llenaba de besos el rostro y le decía con voz argentina:

—Padre mío... Cuánto te quiero.

Alhagos tales eran el premio de la vida de aquel hombre santo, pero después de sus observaciones creía ver en la sonrisa y en los cariños de Aparecida algo de misterio, un punto de duda, una sospecha de traición.

La vieja Bernardina había dicho a Cristóbal:

—Esta nuestra niña es muy codiciada. Al volver de la escuela francesa, se detiene más de lo que es razonable... Yo he averiguado que hay un señor, rico y elegante, que la corteja.

Cristóbal quedó anonadado al oír estas palabras, y creyendo que era preciso resolver el problema de su tranquilidad una noche habló a la niña y le dijo:

—Yo he hecho por ti todo lo que he podido... muy poco... pero soy tu padre, te he criado, te he adorado y te adoro. Temo que tus propios méritos te aparten de mí. Dime la verdad. Háblame claramente... ¿tienes algún amor?

Y Aparecida contestó:

—Amor no tengo ninguno... Lo que sí he de decirte, padre mío, es que lo que me han enseñado, las lecciones que he recibido, los libros que tengo, me anuncian que es necesario procurarse algunas dichas en la vida.

—Las dichas del amor... ¿quieres a algún hombre?... Si él es bueno, yo haré que te acompañe en la vida y sea tu marido.

—No... no es eso lo que me ocurre—repuso rápida y serena la nena montañesa. — Varios mozos me han pretendido el amor, pero eran pobres, obreros, gente sin fortuna... Y eso no me satisface... Yo quiero la riqueza... Se que por el matrimonio no la encontraré. Mujeres de mi condi-



ción o han de rendirse a los afórtunados, o han de vivir en la miseria... Y yo que he visto cómo has luchado, padre mío, para que no nos muramos de hambre, experimento la zozobra de si he de vivir perpetuamente de tal manera. Sólo tengo un caudal, mi hermosura. Déjame que goce ese caudal... Déjame que viva en la dicha, y no seas un obstáculo a mis planes.

Cristóbal lanzó un grito de rabia. Había descubierto el abismo sin fondo que le separaba de su hija. Y dijo:

—¿Qué escuela es esa en que has aprendido? ¿Qué te han enseñado? Allá en mi aldea, en la que tú naciste, la maestra cuidaba de los corazones.

No envenenaba los entendimientos. Yo soy un salvaje, un ignorante, pero soy un hombre honrado, un hombre bueno, un trabajador... Me espanta lo que oigo. Este será el final de mi vida.

Aparecida besó al viejo descargador de la Estación del Norte, le oprimió con sus brazos, y él quedó rendido, adivinando que aquella ventura estaba consumándose y concluyéndose.

Aparecida dejó al pobre viejo y se retiró a su alcobita. Desnudóse lentamente, entró en el lecho, y cuando el sueño entornaba sus párpados pensó o dijo:

—Mañana empezará mi vida.

## VII

### LECTURAS Y EVOLUCIONES

Entre los singulares fenómenos psicológicos que se dan en la humanidad, hay uno que desconcierta a los observadores: ¿por qué razón en unos hombres las primeras impresiones del vivir ahorman su carácter, manteniéndole definitivamente en la condición nativa, y por qué otros cambian bruscamente de calidad espiritual apenas reciben los efluvios de una atmósfera diferente de la pristina?... El caso se daba en Marrón y en su hija, Aparecida. El primero era, y seguiría siendo, constantemente la creación de la Montaña, una honradez sufrida, una resignación sin límites, el sacrificio aceptado con serenidad. La mozuela que recibiera en los primeros años de su

existencia la sugestión aldeana, apenas estuvo en Madrid y creció en el nuevo ambiente, trocó la sencillez ingenua con complicadas ambiciones. Para el Hércules ignorante sólo había un programa: el trabajo. Para Aparecida el trabajo era castigo odiable, vergüenza e ignominia, señal de inferioridad.

Cierto es que la naturaleza de Cristóbal Marrón llegó a la Corte endurecida por la edad, mientras que la niña fué como blanda masa de cera, fácil a las huellas que sobre su suavidad se estamparan.

Lo poco que Aparecida había visto la enseñó que de seguir el camino de su padre le trazara, no pasaría de ser



mujer humilde, hembra condenada al trabajo, sujeta tal vez al hambre. Eso le espantaba. Y, aún más que miedo, producíale ira.

No se acomodó ella a las enseñanzas conventuales, ni escuchó con simpatía los consejos de las monjas. Fuera, en la calle, el ir y venir de las gentes, el ruido de los carruajes, los resplandores de la luz eléctrica, la contemplación de las damas opulentas, vestidas elegantemente, le mostraban modos de ser a que ella nunca llegaría. Habría de contentarse con ser testigo de la felicidad rumbosa de los afortunados. Erale imposible avenirse al martirio.

Cuando estuvo en el colegio de la dama parisina, y se halló en condiciones de mal entender el idioma francés, la maestra le entregaba libros escritos en este idioma, por los que se enteró de esplendores humanos, con los que nunca había soñado. Las damas de la corte de Luis XV desfilaron ante ella rutilantes de hermosura, vestidas con suprema gracia. Ellas paseaban por los bosques de Fontainebleau, e iban a Versalles en las lindas carrozas, arrastradas por la cuadriga de caballos poderosos e incansables. Caballeros de la más delicada gentileza rodeaban a esas mujeres. El coloquio era dulce e ingenioso, y la más bella era la más requerida, y la que lograba más señalada victoria. Las parejas de amor se perdían en las frondosidades jardinescas, bajo la umbría florecida, donde los ruiñesores entonaban la eterna rima de la pasión... Y Aparecida creyó que sólo las hembras feas o cobardes podían hallarse sujetas a la renunciación de esos placeres.

Ella se decidió enérgicamente a procurarse las venturas de la riqueza, fuese como fuese, sin reparar dema-

siado en los medios. Hubo algunos momentos de vacilación. Cuando veía que en la noche el pobre padre volvía de sus andanzas, considerándose pagado de tantas amarguras por la sonrisa y el beso de la niña, experimentaba ésta una vibración cordial, que casi tomaba las formas del remordimiento.

Pero luego, oyendo que Cristóbal y Bernardina discutían sobre lo que podría comerse al día siguiente, y observaba que las raciones eran escasas, que los alimentos apenas bastaban para la sustentación, adquiría nuevo ímpetu el pensamiento que ella juzgaba libertad.

Y mientras de esta suerte iba verificándose en el ánimo de la moza el proceso perturbador, Cristóbal lloraba, anticipándose con dolor a un desenlace temido.

Después de haber estado varios días enfermo el infeliz, y por tanto sin jornal, como los fondos escasearan, y Bernardina inventase inútilmente mil industrias para convertir unos cuantos perros chico en medios de vida, ocurrió lo siguiente.

El padre dijo a Aparecida:

—Hija mía, como ves, hago todo cuanto puedo porque no nos muramos de hambre, pero no siempre consigo mi propósito. Sería bien que tú trabajases. Podías ponerte a coser para una tienda. Las hijas de mis compañeros de labor, lo hacen así, y contribuyen de ese modo al sostén de sus casas. Lo que yo deseo es que trabajes para ti misma, no para mantenerme a mí, porque eso me daría vergüenza... ¿Qué piensas, Aparecida?

La joven quedó silenciosa. Juntas las manos. Puestos en ellas los ojos, pareció reflexionar. Luego repuso:

—Veremos... no sé...



## VIII

### LOS VIEJOS SOLOS

¿Cuándo fué?... Una mañana Cristóbal, siguiendo su costumbre, cuando iba a la Estación del Norte a comenzar su trabajo, entró en la alcoba de la nena, y quedó espantado al ver que Aparecida no estaba allí. Llamó a Bernardina con voz alterada. La vieja madre apareció mal cubierta con la manta de su cama, y al saber que la niña no se hallaba en casa cayó en tierra desvanecida y moribunda.

Cristóbal meneó lo que parecía un cadáver, el cuerpo de la vieja, gritando:

—¿Dónde está mi hija?... ¿Qué has hecho de mi hija?

Cristóbal el fuerte, el Hércules, el que movía los grandes pesos en la Estación, se desplomó sobre una silla, anonadado, muerto. Recordó sus coloquios con la nena, comprendió que era aquello el desenlace de su felicidad. Aparecida, había desaparecido.

Quiso Cristóbal averiguar el camino que había tomado aquel pájaro errabundo. Sólo supo que la niña había salido en la mañana, que había ido sola hasta la Plaza de Santo Domingo, que allí había entrado en un automóvil y que el coche había esca-

pado velozmente arrojando una columna de humo fétido que parece que es el rastro odioso de los ricos triunfantes.

El viejo montañés, destrozado, se encerró en su casa. Quedó perdurablemente misérrimo, enfermo y claudicante. La vieja Bernardina le cuidaba, intentando convencerle de que acaso el viaje de la niña fuese una fortuna honrada para todos.

—La niña—decía la vieja—ha sido siempre buena, y rezaba conmigo por el alma de la madre y por la dicha nuestra. ¿Qué sabemos nosotros de los misterios del porvenir? Acaso ella vuelva cuando menos lo esperemos y nos entregue la ventura y la paz.

Ciertamente que la honrada vieja Bernardina quería con estas palabras engañar al padre afligido. Pero no lo conseguía.

Cristóbal daba de cuando en cuando un puñetazo sobre la mesa, ante la que estaba sentado y gritaba desahogado:

—No... No es mi hija. Mi hija no existe. La pusieron en la cuna de mi tierra el nombre de la Bien Aparecida... Es la Mal Desaparecida...



Al día siguiente de esta escena, fué como era su costumbre y obligación, a la Estación del Norte de Madrid. Caminaba tambaleándose. Parecía un imbécil que hubiera perdido el régimen de la voluntad. Al entrar él en los andenes de las mercancías se sentó sobre una caja, y allí esperó a que se le llamara para el servicio. Y cuando llegó el momento, Cristóbal se levantó de su asiento y avanzó siguiendo la costumbre, hacia el sitio en que era necesario su trabajo. Había allí una caja llena de cristalería de Bohemia, carga delicada. El Hércules montañés quiso mover la pesadumbre del cajón, y éste escapó de sus manos. Hubo un siniestro chasquido de cristales rotos. Es que el contenido de la caja se había deshecho. El jefe de los transportes se indignó:

—¿Qué has hecho?—dijo a Cristóbal.—Eso produce un daño enorme a la Compañía.

El viejo montañés contestó:

—Sí, es que me han faltado las manos, es que he perdido la fuerza... me voy para siempre.

Y Cristóbal se alejó lentamente, tropezando con las piedras del camino, como ciego que tiembla en la marcha, habiendo perdido la orientación de sus pasos.

Nada más triste que aquel sotabanco de la calle de Leganitos, en el que Bernardina y Cristóbal moraban. Duelo espantoso, amargura infinita. La alegría había escapado, la dicha

era ya imposible. Los dos viejos unidos en el amor y en la vergüenza de su catástrofe, lloraban o rezaban en la comunidad de la angustia.

Había momentos en que Cristóbal exclamaba irritado:

—¿Cómo he podido yo engendrar a hembra semejante. Yo soy honrado, mi mujer lo era, sin duda el Demonio ha intervenido... Maldita, maldita, la que ha acabado con mi felicidad.

Otras veces decía sollozando:

—¿Quién sabe? Puede que ya sufra mi nena las consecuencias del pecado... Puede que el hombre que me la robó, la afrente, se canse de ella, y la pegue...

Entonces Cristóbal se sentía poseído de un frenesí destructor. Como toda su vitalidad estaba en los músculos experimentaba en ellos una agitación terrible. Si él hubiera dado un puñetazo en esas ocasiones sobre una cordillera, los peñascos hubieran saltado convertidos en polvo.

Bernardina intentaba regir aquel tumulto de desdichas. Indicó a Cristóbal que si él no trabajaba la miseria definitiva llegaría muy pronto. Le aconsejó que volviera a la Estación del Norte. Cristóbal se negó.

—No crees tú—contestó a la anciana—que allí es conocida mi deshonra?... Yo me estremezco pensando en que los otros sepan lo que a mí me ha ocurrido... Y si alguien me mirara de modo que yo supusiera que en sus ojos había un chispazo de bur-



la... No, no quiero pensar en eso. Ya sé que vamos a morir de hambre... ¿Cuánto dinero tienes?...

—Cinco duros—contestó Bernardina.—Hay que trabajar, hay que seguir viviendo... Dios nos lo ordena y, ¿quién sabe?... Hay que conservar esta casita, y no lo digo por interés mío. Sé que voy a morir pronto, ninguna codicia me inspira. Pero tengo la obligación de levantar ese ánimo y conducirlo al trabajo... Cristóbal... Cristóbal... hay que trabajar.

El desventurado padre se rindió a los consejos de Bernardina, y al otro día fué a la Estación del Norte. El capataz le recibió friamente, los compañeros, envidiosos, sonrieron al verle.

Era aquel un día de grande labor. Habían llegado del extranjero máquinas de gran pesadumbre. Como si todos se hubieran puesto de acuerdo para abrumar la desdicha del infeliz montañés, sonaron aquí y allá palabras irónicas.

—Ahí está esa locomóvil... Que venga el hombre fuerte a menearla.

—Nos iremos todos. No hacemos falta. Ha vuelto el viejo de los puños de hierro.

Y el capataz dijo a Cristóbal:

—Trabaja, hombre, trabaja, ahí de tu fuerza.

En aquel momento llegó un ordenanza del jefe de la Estación, diciéndolo al capataz de la descarga:

—Destine usted los mejores mozos que tenga para que coloquen en tierra un automóvil que viene de Hendaya y que está en la plataforma B.—709. Es servicio muy recomendado. Se trata de un automóvil del conde de Sazornil.

El capataz dijo a Cristóbal:

—Anda tú y llama a los que te parezca para descargar ese automóvil.

Cristóbal fué al lugar donde estaba la plataforma en que venía el carruaje. Le seguían varios mozos.

Cuando llegó al lugar correspon-

diente, vió que estaban allí un señor elegante y una señorita elegantísima. No se fijó en los rostros. Era caso frecuente el de que los dueños de un auto acudiesen a ver cómo les era entregado. Pero luego, sin que él lo quisiera, sus ojos se fijaron en la dama bella y distinguida, y entonces experimentó una sorpresa perturbadora... aquella señorita, aquella dama elegante era Aparecida... Cristóbal estuvo a punto de caer en tierra anonadado, muerto. Un impulso de energía le mantuvo en pie, y adelantándose hacia el caballero que acompañaba a la nena fugitiva, le dijo:

—¿Usted no sabe que ésta es mi hija?... ¿Usted ignora que me ha arrebatado la felicidad?

Aparecida, que había reconocido a su padre, exclamó:

—Nada de violencias... Yo he hecho de mí lo que me convenía... Este señor merece todos tus respetos.

Cristóbal huyó. Un movimiento inesperado de su voluntad le hizo alejarse de la hembra malvada que tan cínicamente le ofendía, pero apenas había dado treinta pasos el Hércules montañés se detuvo, volvió hacia el grupo que formaba el elegante caballero y la señorita elegantísima y gritó con voz de rabia:

—No, no..., esto no puede ser así... Tú, la hija mía, me has destrozado el alma... Y tú, canalla y miserable, tú, el señor rico y noble, tú vas a recibir el castigo que mereces.

Levantó Cristóbal en lo alto su puño cerrado, lo descargó fieramente sobre la cabeza del seductor... y allí quedó un cadáver..., el cráneo roto, las mandíbulas destrozadas.

Cristóbal cruzó los brazos y esperó que llegasen los guardias de Seguridad que iban a prenderle.

Aparecida se desvaneció como una sombra.

Y cuando los representantes de la autoridad detenían a Cristóbal, éste gritó:



—Yo no tenía más mérito que el de ser fuerte, y cuanto me quedaba de fuerza lo he consumido en vengar mi honor.

Lleváronse al hombre triste al Juzgado de guardia.

Y fué casualidad curiosa la de que presenciara esta escena trágica aquel viajante de comercio que esperaba la

descarga de su maravilloso mundo el día en que Cristóbal se destacó entre todos los fakines de la estación del Norte. Recordando la frase burlesca que había dicho, y enterado de la causa de lo que había sucedido, pronunció estas palabras:

—El mundo marcha...; pero lo empuja el diablo.

*J. Ortega Munilla.*

---

En el próximo número se publicará la novela

## ROSA DE SEVILLA

ORIGINAL DE

JOSÉ ORTIZ DE PINEDO



# PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS de las mejores marcas, al contado y a plazos. Unica casa en PIANOS de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones. —

**CASA ALOPOS**

Fundada en 1865

22. Valverde, 22.

—TELÉFONO 5.40—

## ALREDEDOR DEL MUNDO

tiene un centro establecido en el «kiosco Colón», Plaza de Calatayud, frente al Paseo de la Gracia

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

## “ Z E A ”

### PURGANTE

eficaz, agradable, inofensivo. El mejor para los niños

25 céntimos

### SELLO

cura rápidamente dolores de cabeza, muelas, oídos, etc. corrige y evita los dolores del período.

30 céntimos

De venta en Centros de Específicos, Farmacias y Droguerías de toda España. Especialidades “ZEA” Fontuny, 13, Barcelona.

## ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico.

— Precio del número: 25 céntimos. —



**Aceites y grasas  
-:- lubricantes -:-**

**Insuperable**

**para  
el engrase  
de  
los autos**

**OLEO-MOTOR**

**Correas  
de  
transmisión  
y algodones  
para  
máquinas**



**SUCESORES DE E. STEINFELD**  
Calle del Prado, núm. 15.—Teléfono 984.—MADRID

**SUMMIT**

Tónico  
nervioso

Utilísimo a los convalecientes.  
Pedir prospectos.

El **SUMMIT** combate la Anemia, la Debilidad general, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Perdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarlos: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.  
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

**SUMMIT**

Tónico  
nervioso



**ALMORRANAS** internas ó externas, grietas, etc. etc.  
recientes ó crónicas. Absolutamente

segura la curación con = **POMADA ANEMA = SMITH =**  
Último adelanto de la ciencia médica // Millares de curaciones!!  
Basta un solo tubo. No lo dude usted. Cinco Pesetas caja

Pida muestras gratis para convencimiento resultado.

MADRID, Gayoso = **BARCELONA**, Segalá = **ZARAGOZA**, Jordán =  
**VALENCIA**, Cuesta = **MURCIA**, Seiquer y principales farmacias.  
Remítase mandando cinco Pesetas al Representante Pousarxer.  
Marques Duero, 84 = Apartado, 481 Barcelona

**MONTANO**

Pianos de esta acreditada  
marca y de las más reputa-  
das del extranjero. Los mejores aparatos para to-  
car el piano. Última creación en Autopianos y eléc-  
tricos. Armoniums y rollos extranjeros de música  
de 66, 78 y 88 notas. Primer servicio para  
el traslado de pianos. Salón de Conciertos.

**San Bernardino, 3  
MADRID.**

**Fume V. papel**

**La Lidia**

Ayuntamiento de Madrid